

Una canción en francés

Recuerdo de Juvencio López Vázquez



LETICIA LÓPEZ MARGALLI

Se llamaba Juvencio. No se me ocurre otro nombre que hubiese podido irle mejor a su persona: Juvencio, el siempre joven... el que vivió el último día de sus 84 años exactamente como había vivido los sesenta y tantos anteriores, trabajando. Tenía otros dos nombres, entre los muchos con que se estilaba bautizar a los niños antiguamente: Ausencio, que quizá le dio la nota distraída y olvidadiza a su carácter, y Graciano, que evoca los muchos dones y las virtudes que adornaron su vida y la de quienes lo rodearon.

Hay en casa de mi abuela María una caja con el aspecto de un grueso volumen empastado en piel. En el interior, sobre hojas de papel fabriano unidas en los extremos como si se tratase de un códice o de un antiguo pergamino, doña Maru (su hija) pegó con devoción los incontables testimonios de la vida profesional de mi abuelo: los recortes de periódico, las reseñas de sus libros, las credenciales y los gafetes, los nombramientos del ministro de Guerra o del secretario de Educación Pública, las cartas del rector o del embajador, las fotos con los alumnos, los colegas, los intelectuales... son los retratos de una vida fecunda.

En las primeras hojas del cartapacio, una leyenda que María copió con tinta amarilla: "La vida dijo no, Juvencio dijo sí." La frase proviene de un artículo que sobre él escribió Miguel Ángel Cevallos, que hacía referencia al origen humilde de Juvencio López Vázquez, a su corta estatura, al color oscuro de su piel, y a cómo, con riqueza de espíritu y luminosa inteligencia, logró superar todos estos obstáculos y llegó a las más elevadas alturas académicas. Hoy semejante visión puede parecernos un tanto simplista,

pero hay que conceder: nacer, en tiempos de don Porfirio, pobre, chaparro y prieto, no era precisamente augurio de un futuro promisorio.

Nació en los últimos días de un siglo que llegaba a su fin. El 18 de diciembre de 1999 se cumplirán cien años. Su padre era carpintero y ebanista; de los buenos, eso sí (a sus manos se deben los lambrines y el piso de marquetería de Palacio Nacional, así como la cimbra que sostuvo la columna de la Independencia). Tuvo veintitantos hermanos y medios hermanos y una madre entre cuyos méritos estaba el de haber sido alumna del maestro Juventino Rosas. A ella le debió Juvencio su amor profundo por la música; a ella, también, el pago de sus primeras lecciones de violín.

Un día acompañó a su padre a instalar un piso en la residencia de una acomodada familia francesa, los Bourlon. Buscaban un maestro particular de música para una de sus hijas, y mi bisabuelo llevó a su hijo el violinista. Juvencio escuchó la lengua de los Bourlon y la amó de la misma manera que amó la música; acaso sus notas guturales, su cadencia, su eufonía produjeron en su espíritu el mismo efecto que una melodía bien compuesta y mejor interpretada.

Se aplicó entonces al estudio de la lengua francesa con la misma devoción con que llevó adelante su carrera como violinista en el Conservatorio Nacional, y a estas dos pasiones agregó una tercera: la docencia. Tenía apenas 16 años cuando se inició como profesor de música en las Escuelas de Tropa de la Secretaría de Guerra, así como en un par de escuelas primarias. Más tarde sumaría a la lista de instituciones donde prestó sus servicios docentes —tanto en mú-

sica como en lengua francesa, pedagogía y didáctica— a la Escuela Militar de Aplicación y la Escuela de Ingenieros Militares, la Escuela Nacional Preparatoria, el Conservatorio Nacional de Música, la Escuela Normal Superior, la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto Francés de América Latina, entre otras muchas. Dirigía, además, coros juveniles y grupos de estudio y fue fundador de varias sociedades y agrupaciones académicas entre las que se contaron el Ateneo de Ciencias y Artes de México; el ya desaparecido Ateneo Mexicano de Ciencias de la Educación; la Asociación de Maestros de Idiomas y otras sociedades.

Pero su largo y bien nutrido currículum no dice tanto de su paso por la historia de la educación en México como el testimonio de las innumerables generaciones de jóvenes que a lo largo de casi setenta años pasaron por las aulas del maestro López Vázquez. No creo que haya uno solo que no lo recuerde como un maestro singular, original en sus métodos y eficaz en el arte de compartir —que no impartir— conocimientos. “Los alumnos no deben actuar como amanuenses”, escribió mi abuelo en uno de sus artículos, mucho antes de que se popularizaran los conceptos de educación activa y otras novedades pedagógicas que él intuyó en forma natural. Su espíritu juvenil y juguetón le dictó los métodos y prácticas que habría de seguir para hacer del aprendizaje, más que un proceso de acumulación de información, una experiencia de vida. Él mismo no dejó jamás de aprender: hay quien lo recuerda, ya laureado especialista en la lengua de Víctor Hugo, sacando del bolsillo una libretita en la que anotaba alguna locución o giro idiomático que azuzara su inagotable curiosidad. En su último viaje a Francia, ya octogenario, pasó horas sentado en las bancas de los parques tomando nota de las expresiones y modismos utilizados por los jóvenes parisinos para nutrir un nuevo libro que ya no llegaría a escribir.

Su rica experiencia docente quedó plasmada en una veintena de títulos, todos ellos dedicados a la enseñanza de las lenguas vivas, principalmente el francés: *Le français au Mexique*, primer libro para la enseñanza del francés en América Latina; *Nouveaux textes pour l'étude du français* y *Trois amis*, escritos en colaboración con René Marchand; *La enseñanza viva de las lenguas vivas* (una de sus frases favoritas era: “las lenguas vivas deben enseñarse vivamente”); los dos tomos de *Didáctica de las lenguas vivas*; la *Síntesis gramatical de la lengua francesa*, y el texto para la enseñanza del español como lengua extranjera *México hoy*, que

escribiera para una editorial estadounidense en colaboración con James B. Tharp, entre otros libros. Ignoro si alguna de estas obras ha sido calificada como “clásica”; pero en todo caso, sé que a él no le hubiera gustado: decía que para seguir al paso con la evolución de las lenguas vivas y de la didáctica de los idiomas, ningún libro de texto debería utilizarse durante más de diez años.

Y es que lo más rico de su arte docente no estaba en los libros. Amante como era de la música, buena parte de su metodología pedagógica consistía en exponer a sus alumnos a las canciones populares, la lírica y el baile; mucha conversación, algo de cine, y, cuando sus gestiones tenían éxito, algún viaje a la vieja Lutecia. En los años sesentas fue uno de los impulsores para el establecimiento del primer laboratorio moderno de idiomas, en la Facultad de Filosofía y Letras, equipado con equipo magnetofónico y proyectores de cine para que los estudiantes pudiesen escuchar, ver y sentir el idioma a través de diversas manifestaciones del arte y de la vida cotidiana. Seguro le hubiera encantado esta era de “multimedia”. A sus aptitudes académicas se sumaba una virtud muy particular: la de la cercanía. Solía establecer con sus alumnos una empatía automática que muchas veces derivaba en prolongada amistad. No recuerdo una sola reunión o festejo familiar en que no estuviera presente, al menos, uno de sus antiguos discípulos, algún talentoso muchacho del Conservatorio que amenizara la reunión con un par de piezas al piano, o una alumna que festejara con risa fresca y comedida los inocentes chascarrillos del maestro.

En un homenaje póstumo que se le rindió en Sèvres, dos años después de su muerte, Francis Lafon evocó: “El recuerdo más lejano —y el más próximo— del hombre excepcional al cual se rinde esta noche un justo homenaje, es su sonrisa ... Y por esa inmediata seducción que ejercía dispuso de una malicia incontrolable, que era la de no tener ninguna.”

No poseía malicia alguna. Sí una alegría transparente, un sentido del humor cándido, muy parecido al de los niños. Compartía con la chamacada de la vecindad donde vivía un curioso ritual: de camino a la privada, en las calles de San Miguel Chapultepec, arrancaba una hoja de algún árbol y la escondía en el bolsillo de su saco. Al momento de hacer su entrada, sacaba la hoja como si fuese el as de una baraja y la ponía frente a los niños al tiempo que sentenciaba: “¡Hojita verde al momento!” Aquél que no exhibiera en ese instante la dichosa hojita verde se hacía acreedor a un pequeño castigo.

Con ese humorismo blanco agasajó a sus dos hijos, a sus cinco nietos, a sus alumnos, a sus colegas, a sus parientes y, desde luego, a su esposa. Doña Maru (su hija) no se cansa de contar su anécdota del cortejo. Ella formaba parte de un coro juvenil que mi abuelo dirigía, al cual se había inscrito para aprender "a impostar la voz", pues era maestra de primaria. Después de una estrofa que rezaba "Era llena de gracia, como el Ave María", Juvencio la señalaba con la batuta y aparentando seriedad le espetaba: "Aplíquese." Con el mismo ánimo bromista pidió la mano de mi abuela: "Don Víctor, me interesan mucho los ciento ochenta metros cuadrados de terreno y los doscientos pesos mensuales de sueldo de su hija."

Se casaron en 1934. Durante los cincuenta años que siguieron, "Marito" —como cariñosamente la llamaba— fue la secretaria, correctora de estilo, editora, traductora y auxiliar más eficiente. Entre los recuerdos de mi infancia, y seguramente entre los de mi padre y mi tía, están las muchas horas que pasaban encerrados en la biblioteca, un recinto grande y lleno de cosas que olía a libros y a los polvos de arroz que mi abuela se ponía en la cara. Acá la reproducción en yeso de la Victoria de Samotracia y la escultura del campesino que mi padre "mejoró" limando el puente de la nariz para que apareciera respingada; allá el globo terráqueo donde los chamacos trazábamos viajes a países lejanos; en una pared los diplomas, las fotos y la pequeña vitrina en la que mi abuelo guardaba sus condecoraciones... todo lo demás, libros, libros y libros. En una pesada Remington, Marito tecleaba millones de cuartillas con sus correspondientes copias al carbón sobre papel cebolla, mismas que don Juvencio cubría con correcciones en lápiz rojo con la caligrafía nerviosa de quien piensa más rápido de lo que escribe. Al recibirlas de vuelta, mi abuela se lamentaba: "Ay, Juvito, mira nada más que feos *enchorizados*."

Entre las muchas canciones francesas que mi abuelo conocía, había una que solía entonar con particular frecuencia, cuya letra decía: *J'ai deux amours: mon pays et Paris*. Parecía haber sido compuesta para él. En el homenaje ya citado, Fernando del Paso señaló: "[El maestro López Vázquez] demostró que es posible tener el corazón en dos lugares diferentes cuando la pasión está alimentada por dos culturas que se sustentan sobre un humanismo auténtico, es decir, un humanismo universal."

Del Paso continuó: "No olvidó que para ser un sabio, se necesita primero ser un niño, después de todo, el aprendizaje de una lengua extranjera es una especie de regreso a la infancia, a la inocencia..."

Su brillante trayectoria académica, pero sobre todo la pasión con que Juvencio López Vázquez impulsó el acercamiento entre la cultura francesa y la mexicana, fueron bien reconocidas. En México recibió la Medalla del Mérito Facultativo, la Medalla Justo Sierra y otros galardones por sus años de servicio en diversas instituciones; en Francia el gobierno le condecoró con la medalla François Rabelais, las Palmas Académicas, la Roseta de Oficial de Instrucción (una distinción poco conocida y reservada a la elite intelectual) y la Cruz de Caballero de la Legión de Honor.

Tales honores no minaron en nada su sencillez. Cuando le preguntábamos, de niños, qué era aquel listoncito rojo que adornaba su solapa —el distintivo de los caballeros de la Legión de Honor—, contestaba con una sonrisa pícaro: "Es la marca que ponen en la tintorería adonde mando mis trajes." Con la misma modestia, en una ocasión en que se reunió a comer en París con su hija María Eugenia y con su yerno —ambos diplomáticos—, se excusó diciendo que tenía una cita a las cuatro en cierta dirección de la Rue de Varennes. "No puede ser, don Ju —le dijo su yerno—. Ésa es la dirección del primer ministro." "Sí, ahí voy", contestó sin dar mayores explicaciones, para después alejarse por la acera con su callado paso de anciano que visitaba por última vez su ciudad favorita, para participar en una reunión como uno de los *Grands Commissaires de la Langue Française*.

El mejor premio para él —estoy segura— fue el haber trabajado tanto por lo que tanto amó: su gente, su universidad, su música, sus alumnos. Su país y su París...

Murió el 22 de mayo de 1984. Aquella mañana se despidió de mi abuela con una última broma de involuntario humor negro: "Marito, si me pagan hoy en el Conservatorio no me esperes a dormir." Abordó el pesado valiant plateado, que a sus 84 años manejaba con dificultad, y fue a despedirse de sus dos amantes más antiguas: la música y la lengua francesa. Primero pasó al Conservatorio, donde tenía que corregir la pronunciación de una cantante de ópera; de ahí, a la embajada francesa, a gestionar una beca para uno de sus estudiantes del Instituto Francés de América Latina. Fue cosa de traspasar el umbral de la embajada, pronunciar un leve "me siento mal" y desplomarse. Murió en suelo francés.

Juvencio López Vázquez cantó a todas voces y por donde pudo la música que había escuchado en casa de los Bourlon, y la dejó para que miles de jóvenes mexicanos la siguieran interpretando. ♦